

**S**i las  
palabras  
hablaran...

*Selecciones del Reader's Digest. México, 1993.*

## *Presentación*

Don Miguel de Unamuno, el polémico filósofo, el profundo lingüista, el desgarrado poeta, aconsejaba -¿o, tal vez, ordenaba?:-

"Escudriñad la lengua, porque la lengua lleva, a presión de atmósferas seculares, el sedimento de los siglos, el más rico aluvión del espíritu colectivo; escudriñad la lengua."

Y decía el ilustre filólogo arabista Emilio García Gómez que "cada palabra es un mundo".

Efectivamente, un mundo extraordinariamente complejo y extraño, vivo y palpitante, cargado de historia, rico en misterios y sorpresas, con zonas bien conocidas y otras por descubrir. Adentrarse en el mundo de las palabras es emprender una aventura apasionante.

Vamos a explorar aquí algunos de esos pequeños mundos. Vamos a escudriñar unas palabras.

FELIPE SAN JOSÉ G.

La palabra **chocolate** nombra una deliciosa y reconfortante bebida y también una rica golosina. Su origen es evidentemente americano y seguramente mexicano, pero su etimología no está del todo clara. Dejando a un lado los galimatías de algunos lexicógrafos despistados, hay dos opiniones serias al respecto: una que supone un origen maya, y otra, tal vez más confiable, según la cual procede del náhuatl *chocóatl*, compuesto de *chócoc*: agrio, ácido; amargo, y *átl*: agua o bebida (literalmente "agua o bebida agria, acida o amarga"), que dio *chocolate* y también *cocoa*. Además, hay la versión según la cual la palabra proviene del náhuatl *chocócatl* o *chocóxticatl*, compuesto de *chocóxtic*: café amarillento, y *átl*: agua.

La palabra **flamenco** tiene en español tres significados distintos, y cada uno de ellos difiere de los demás precisamente porque tiene un origen completamente diferente. Así, *flamenco* puede significar "natural de Flandes", si procede del neerlandés *flaming*; o "cierta ave palmípeda (*Phoenicopterus roseus*), de coloración intensamente roja en la cabeza, espalda y cola, parte superior de las alas, pies y parte superior del pico", si procede del provenzal *flamenc*: rojo como una llama (literalmente, "llameante"), del latín *flamma*: llama; o, por último, "lo relativo a lo andaluz que tiende a hacerse agitanado (como el cante o el baile)", cuando procede del árabe egipcio *fellah mencu*, literalmente "campesino huido", que se refiere a los moriscos que se refugiaron en las montañas de Andalucía.

Para muchos filólogos, lingüistas, críticos y tratadistas, **cuento** es, simplemente, "la relación o enumeración de sucesos", porque, según ellos, la palabra procede del verbo *contar* y éste del latín *computare*: calcular, sumar, acumular; enumerar. Pero, en realidad, la palabra *cuento* procede del latín *commentum*, que significa "invención ingeniosa", "ficción", "imaginación", y también, "falsedad, mentira", como cuando se dice: "no me vengas con *cuentos*" o "esos son *cuentos*". *Commentum* es un sustantivo neutro que procede del adjetivo *commentus*: inventado, fingido, imaginado; participio pasivo o de pasado del verbo *comminisci*: inventar, fingir, imaginar. El *cuento* es, pues, una ficción, una invención de la mente de su autor, una anécdota imaginada. La simple relación o enumeración de sucesos será un "relato", una "crónica", un "testimonio" o hasta un "acta", pero no un verdadero *cuento*.

Al hablar de **Iberia** se entiende comúnmente "el territorio de la península más occidental del Mediterráneo", precisamente la Península *Ibérica*, donde actualmente se asientan España y Portugal. Pero *Iberia* es también —y parece ser que mucho antes— el nombre de un país situado en la región caucásica, al cual corresponde la moderna Georgia y de donde, según algunos, proceden los vascos, que, por eso, se han confundido en ocasiones con los *iberos*, los cuales, para ciertos tratadistas, proceden más bien de los *bereberes* (habitantes de *Berbería*), que forman parte de la raza más antigua y numerosa de las que habitan en el norte de África.

En ciertos medios se usa mucho ahora la palabra **gandaya** en el sentido de "persona sinvergüenza, tramposa, aprovechada" e incluso "delincuente", y hasta se ha formado el verbo *agandayar*, con el significado de "aprovecharse abusivamente de algo", "usurpar" o, simplemente, "robar". Curiosamente, aunque parezca muy de hoy, *gandaya* es un viejo término: se usa en español desde el siglo xvii, en el sentido de "vida holgazana" o, aplicado a persona, de "pícaro" o "tunante"; procede del catalán *gandalla*, vocablo usado en esa lengua desde el siglo xiv, con el significado original de "redecilla para el cabello", y después, de "bandolero", "gente del hampa" porque los maleantes y vagabundos de los siglos xvi y xvii llevaban el cabello recogido con estas redecillas, precisamente como ahora lo hacen los miembros de algunos grupos marginados.

El verbo **reborujar** (revolver, confundir), en todas sus formas y derivaciones, es muy usual, popular y hasta vulgar en ciertas regiones de habla española (en algunas de ellas se vuelve "*rebrujar*"); en otras, en cambio, es completamente desconocido. Es curioso notar que, aunque parezca extraño, *reborujar* tiene la misma raíz que el vocablo culto *involucrar*, pues uno y otro proceden del latín *volveré*: volver, rodar, dar vueltas, voltear, y así *in-volucrar* es en-volver y *reborujar* es re-volver.

Hay quien piensa que **adolescente** es aquel que está enfermo, que padece de algo, que pasa por un momento difícil, o, peor aún, a quien le falta algo. Y en realidad, *adolescente* significa, simplemente, "el que está creciendo" (literalmente, "creciente"). En efecto, la palabra *adolescente* procede del latín *adolescens*, que es el participio activo o de presente del verbo

*adolescere*, que significa "crecer", "ir en aumento". Y precisamente, el participio pasivo o de pasado de este mismo verbo es *adultus*, de donde nuestro **adulto**, que significa "crecido", "el que ya terminó de crecer". Por otra parte, pero sin relación con lo anterior, existe en español el verbo *adolecer*, procedente del latín *dolescere*, intensificativo de *dolere* (doler), que significa "apesumbrarse", "afligirse", y éste sí tiene el sentido de "caer enfermo" o "padecer".

**Codo** es la "parte posterior y prominente de la articulación del brazo con el antebrazo", y el término procede del latín *cubitus*. Pero en algunos lugares, *codo*, aparte del significado apuntado, tiene también el de "avaro", "mezquino", "ambicioso"; ¿a qué se deberá esto? Pues, sencillamente, a que en este caso la palabra se deriva de *cupidus*: codicioso, ávido, ansioso, que ambiciona con ardor.

La palabra **latente** procede del latín *latens*, que significa "oculto", "escondido", "misterioso"; del verbo *latere*: estar oculto; como cuando se dice "peligro latente"; "enfermedad latente". **Latiente**, en cambio, quiere decir "que late"; del verbo *latir*, que significa "dar latidos", y también "ladrar", que procede del latín *glattiere*: ladrar como los perros pequeños; así, se dice "su corazón aún estaba latiente", o "una jauría de perros latientes".

**Gringo** es la denominación —con cierto matiz despectivo y tal vez xenófobo— que se da en algunos países de lengua española al extranjero, especialmente al de la lengua inglesa. Esta palabra, usada ya desde el siglo xvii, es una alteración de *griego* para significar "un lenguaje incomprensible" y se aplicó primero a cualquier idioma extraño y luego al que lo hablaba; así se decía: "eso para mí es *gringo*", después: "ése habla en *gringo*", y, por último: "ése es *gringo*".

Hay personas que creen que **inconcuso** es lo mismo que **inconcluso**, sólo que mal pronunciado. Estas dos palabras, a pesar de su semejanza, no tienen que ver entre sí. *Inconcluso* significa "no terminado", "no concluido", y está formado por la partícula negativa *in* y el adjetivo *concluso*, forma irregular del participio *concluido*, que procede del latín *conclusus*: cerrado, *inconcuso*, en cambio, quiere decir "sin discusión", "sin contradicción", "sin duda", y procede del latín *inconcussus*: firme, inquebrantable, inalterable; de *in* negativo, y *concussus*: sacudido, conmovido, agitado.

Un **socarrón** es una persona burlona que, disimuladamente y más bien para sí, se ríe de los demás, o que, astutamente, con medias palabras y sin comprometerse mucho, habla mal de otros. La palabra (que parece estar emparentada con *chocarrero* y con *chusco*) procede del verbo *socarrar*: quemar superficialmente, sollamar (por donde también se dice que emparienta con *churrascar* y *churrasco*); este verbo viene de una raíz prerromana, *sukarra*: llamas de fuego, de *su*: fuego, y *karra*: llama. El *socarrón* es, pues, "el que se hace el gracioso, pero quema".

Por **chusma** se entiende actualmente el "conjunto o muchedumbre de gente baja y soez", y esto proviene de que, en el siglo xvi, se denominaba así al "conjunto de galeotes (gente levantisca y, ciertamente, la más baja en la escala social) que servían, por castigo de sus delitos, en las galeras reales". La palabra viene del genovés *ciusma*: los galeotes, "la canalla"; procedentes del latín vulgar *chusma*., contracción del griego *kéleusma*: compás marcado por el jefe de los remeros (literalmente, "la voz de mando"), de *kéleusis*: orden; mandato.

La palabra **logística**, fuera de un campo de significación muy reducido, circunscrito a la filosofía, en el que se emplea en el sentido de "lógica simbólica o matemática", nada tiene que ver con la raíz griega *logos*. *Logística*, en su sentido más usual y generalizado, quiere decir "arte que atiende al movimiento, transporte, alojamiento, avituallamiento y provisión de tropas militares o conjunto de personas", y procede del francés *logistique*; de *logis*: casa, habitación, albergue (de donde el verbo *loger*: alojar); cuyo origen es la raíz germánica *laubja*: claustro; pasillo, corredor (de donde también, más directamente, el inglés *lobby*: pasillo; vestíbulo).

**Ruco** llaman ahora —entre cariñosa y despectivamente— los jóvenes a los ancianos y especialmente a sus padres o abuelos (es decir, a "la otra generación"). Parecería ésta una palabra nueva, recientemente inventada, y más bien jergal o germanesca; pero no: *ruco* es palabra de antiguo uso y parece ser una contracción de *rucado*: arrugado, procedente del latín *rugatus*; de *ruca*: arruga (propiamente de la cara), y también, por extensión y en sentido

figurado, "semblante severo", "severidad".

**Umbral** parece, a primera vista, un derivado del latín *umbra* (sombra), como *umbrío* y *umbría*, y, referido a una puerta, suena como "la parte que da sombra", es decir, la parte superior. Pero las etimologías "de sonsonete" son muy engañosas y lo que parece sencillo no lo es tanto; las verdaderas etimologías —valga la redundancia— son, a veces, muy complicadas. En efecto, en el caso de *umbral* resulta que su significado es justamente el contrario de lo que podría pensarse: en primer lugar, no procede de *umbra*, sino de la antigua palabra castellana *lumbra*, que tampoco viene de *lumbre*, sino de *limbrar*, y éste, a su vez, de *limnar*, derivado del latín *liminaris*; de *limen*. La parte superior de una puerta es el **dintel**, y esta palabra viene de *lintel*, tomado del francés medio y procedente del latín vulgar *limitalis*, alteración del clásico *limitaneus* que —¡oh sorpresa!— procede también, precisamente, de *limen*. Lo más curioso de todo esto es que la palabra latina *limen* (derivada del adjetivo *limus*: atravesado) que significa literalmente "entrada", "puerta", "paso", se usaba indistintamente para designar al *umbral* y al *dintel*.

Un **vate** es un poeta, pero no un poeta cualquiera, sino un poeta especialmente inspirado. En efecto, para los romanos, *vates* era el adivino, el profeta, el hombre (o la mujer) que, por inspiración directa de los dioses, profería las predicciones u *oráculos* (*oraculum*, de *orare*: hablar con elocuencia), en más o menos extensos pero siempre misteriosos poemas. De ahí los términos *vaticinar* y *vaticinio*. Y desde entonces, aquel que sabe y puede interpretar el sentimiento, la emoción de sí mismo o de los demás con palabras bellas y expresivas, es llamado, por extensión, *vate*.

La palabra **hechizo** (derivada de *hecho*, participio pasivo del verbo *hacer*) significa "imitado", "no natural o no original", "artificial o artificioso" y, por extensión, "artificio del que se valen los brujos o *hechiceros* para lograr sus fines". De la correspondiente forma portuguesa *feitico* se derivó el francés *fetiche*, que pasó al español *fetiche*: objeto al que se atribuye un poder mágico, y de éste proceden *fetichismo* y *fetichista*, que tienen connotaciones relacionadas tanto con la antropología como con la psicología.

**Evento** es un suceso o acontecimiento, pero, propiamente, de realización incierta; algo que "puede" ocurrir (una mera posibilidad), algo **contingente**, es decir, no necesario. Porque, efectivamente, la palabra *evento* (del latín *eventos*: suceso, acontecimiento; procedente del verbo *evenire*: suceder, ocurrir, acontecer), está, por su significado, relacionada desde su origen con *contingente* (del latín *contingens*, participio activo de *contingere*: suceder, acontecer; caer en suerte).

A muchas personas, la palabra **finta** (sobre todo en expresiones como "se fue con la *finta*" o "le hizo una *finta*") les parece vulgar y hasta de mal gusto. Sin embargo, es un término perfectamente correcto y aceptable, con una genealogía irreprochable. Finta es el "ademán que se hace con la intención de engañar a uno" o, en sentido más restringido, usual en términos boxísticos, de "amago de un golpe"; literalmente significa "fingida" y procede del latín *fincta*, que es la forma femenina del participio de pretérito de  *fingere*: fingir, simular.

La palabra **obvio** y el adverbio correspondiente, *obviamente*, suelen usarse ahora abundantemente y, en cierto modo, sin ton ni son. *Obvio* significa, propiamente, que está "muy claro o que no tiene dificultad"; "que se encuentra o pone delante de los ojos"; literalmente: "sin obstáculos o inconvenientes". Procede del latín *obvius*: que sale al paso, que se encuentra al paso; accesible; expuesto, que se exhibe a las miradas de todos, y *obviar* es "evitar o apartar obstáculos o inconvenientes" (del latín *obviare*: ir al encuentro, y también, prevenir, apartar).

Por **burocracia** se entiende la "clase que forman los empleados de las oficinas públicas" pero originalmente esta palabra tenía un sentido más bien negativo, de "influencia excesiva de los empleados públicos en los negocios del Estado". El término procede del francés *bureaucratie*, hibridismo formado por el vocablo francés *bureau*: oficina, y el griego *kratos*: poder; soberanía; dominación. Ya esta misma combinación, formada en el siglo xix y cuyo significado lo mismo puede ser "la oficina del poder" que "el poder de la oficina", indica una apreciación desfavorable o, al menos, suspicaz.

El adjetivo **pacato** tiene, en la actualidad, un sentido despectivo, pues se le da el significado (tal vez por relacionarlo erróneamente con *apocado*) de "tímido", "asustadizo"; o de "austero", "rígido"; o como dicen más amable aunque no menos despectivamente los diccionarios, "de condición nimiamente pacífica, tranquila y moderada". Pero, en realidad, *pacato* significa simplemente "pacífico", "sosegado", "que está en paz", *aplacado*; proviene del latín *pacatus*, participio de pretérito de *pacare*: pacificar, calmar; procedente de *pax*: paz.

Curiosamente, en medios populares (pero aun, a veces, en la propia prensa), la palabra **interfecto** se utiliza como "susodicho", "mentado"; o también como "protagonista", o "involucrado en algún asunto". Sin embargo, *interfecto* no significa más que "la persona muerta violentamente"; es un término que procede del latín *interfectus*, participio de pretérito de *interficere*: destruir, aniquilar; matar.

La **víspera** es, en general, "cualquier cosa que antecede a otra y en cierto modo la ocasiona"; más usualmente, la "inmediación a una cosa que ha de suceder", y en sentido más restringido, "el día que antecede inmediatamente a otro determinado, especialmente si éste es de fiesta"; este término procede del antiguo *viéspera*. Ahora bien, originalmente no indicaba un día inmediatamente, sino la tarde que precedía al día festivo y que, por razones litúrgicas, se ocupaba en las oraciones y ritos preparatorios; pero estrictamente significa solamente "la tarde", pues procede del latín *vespera*: la tarde; la última parte del día, el anochecer.

A diferencia de la **conquista**, que es la adquisición y dominio de un territorio por la fuerza de las armas, la *colonia* es el establecimiento en un territorio para poblarlo y cultivarlo; la *conquista* tiene un sentido de opresión violenta; la *colonia*, en cambio, lo tiene de convivencia pacífica. El origen mismo de estos términos nos da la clave de su significado propio: *conquista* viene del verbo *conquistar* y éste, del bajo latín *conquistare*: adquirir; procedente del latín *conquirere*: buscar por todas partes, reunir tomando de uno y de otro sitio; *colonia*, en cambio, es palabra latina que originalmente significaba "tierra de labranza", y luego, "población enviada a algún lugar para asentarse en él y labrarlo"; este vocablo procede de *colonus*, que quiere decir labrador, cultivador; de *colere*: cultivar, labrar (de donde *cultura*: cultivo).

**Provincia** es, en su sentido actual, simplemente una demarcación, una circunscripción territorial dentro de un mismo país; pero, originalmente, tenía un significado ciertamente opresivo; en efecto, la palabra latina *provincia* indicaba la región o país conquistado, pues procede del verbo *provincere* que quiere decir "haber vencido antes", "vencer de antemano", formado por *pro*: antes, por delante, y *vincere*: vencer, derrotar; dominar.

**Carismático** es palabra abundante y abusivamente usada en nuestros días: *carismático* se llama a cualquier político, cantante, futbolista, torero, actor, y muchos etcéteras más, que haya tenido algún éxito de público y adquirido cierta fama. Pero *carismático* es palabra seria y respetable: se refiere a aquel que ha recibido una gracia muy especial, única, exclusiva; un don no concedido a cualquiera: un *carisma* (palabra que proviene del griego *járisma*: gracia, don, favor). Por ello, no cualquiera es *carismático*, sino solamente aquel que destaca indiscutiblemente sobre los demás, que se distingue entre todos por tener algo especialísimo; lo cual no es, en verdad, nada frecuente.

En México y en algunas regiones aledañas se llama **papalote** a lo que en otros lugares recibe el nombre de cometa, volantín o barrilete; es decir, a esa armazón hecha generalmente de papel (o a veces de tela, y ahora también de materiales plásticos) montado sobre unas varitas o carrizos, con que juegan los niños (y aun algunos adultos) cuando hay viento propicio, y que hasta se ha usado para fines científicos, como en el caso de Benjamín Franklin. Pues bien, la palabra *papalote* procede del náhuatl *papálotl*, que quiere decir "mariposa" (en algunos lugares de Mesoamérica se usa todavía la derivación *pipilacha* para nombrar a cierta mariposita); lo curioso del caso es que este término indiscutiblemente mexicano tiene una gran similitud con el latín *papilio*, que significa precisamente, "mariposa" y también, en sentido figurado "tienda de campaña"; de donde proviene el francés *papillon* (mariposa) y, por otro lado, *pavillon* (tienda de campaña), del cual deriva el español *pabellón*. ¿No parece esto extraño y misterioso?

Una persona (especialmente una dama) **emperifollada** o **emperejilada** es aquella que va adornada con exceso y hasta ridiculez, que se ha puesto *perifollos*. El *perifollo* es, en sentido

directo, una planta herbácea cuyas hojas, muy abundantes, aromáticas y de gusto agradable, se emplean como condimento y adorno de los guisados; en sentido figurado (y siempre en plural: *perifollos*) quiere decir: "adornos pomposos". Y es curioso que esta palabra, que proviene del antiguo *cerifolio*, procedente, a su vez, del latín *caerifolium*, adaptación del griego *jairéfyllon* (de *jaire*: alégrate, y *fyllon*: hoja), se alteró por influjo de *perejil*, nombre de otra planta herbácea, cuyas abundantes hojas se utilizan también como un apreciado condimento y adorno de las viandas, y que, en sentido figurado, es "adorno o compostura demasiada, especialmente la que usan las mujeres en los vestidos y tocados". He aquí cómo, por diversos caminos y distintas razones, *emperifollar* y *emperejilar* vienen a emparentarse y resultar (caso raro) sinónimos exactos.

Cuando se usa la expresión "el de **marras**", se quiere significar "el consabido", "el mencionado", "el de la otra vez", "el de antes"; también se dice "la aventura de *marras*" o "lo de *marras*", en el sentido de "la aventura de aquella vez", "lo que sucedió en aquella ocasión". Porque la palabra *marras* quiere decir, literalmente, "en otro tiempo", y procede del árabe *marra*, que significa "una vez...".

Como muchas otras palabras que "se ponen de moda", **dialéctica** se usa también ahora a troche y moche y, generalmente, sin saber a ciencia cierta lo que con ella se dice. Por *dialéctica* se entiende propiamente la "ciencia que trata del raciocinio y de sus leyes, formas y modos de expresión", y también la "serie ordenada de verdades o teoremas que se desarrolla en la ciencia o en la sucesión y encadenamiento de los hechos". El término *dialéctica* procede del griego *dialektiké*: discusión o cálculo de probabilidades; arte de discutir; la argumentación; del verbo *dialego*: elegir, discernir, y también: dialogar; explicar; discutir. *Dialéctica* está estrechamente emparentada con **dialecto**, que se refiere a "cada una de las variedades regionales de un idioma común" o "cada una de las lenguas derivadas de un tronco común, en relación con ese tronco", porque el verbo *dialego* significa, asimismo, "hablar" y, especialmente, "hablar una lengua determinada".

Se le llama **coqueta** a la mujer que gusta de atraer las miradas masculinas (y, en general, la atención y el interés de los hombres) con modales, ademanes, gestos o dengues estudiadamente afectados. La palabra procede del francés *coquette*, femenino de *coquet* que originalmente significaba algo así como "gallito" (de *coq*: gallo), por comparación de la *coquetería* con el contoneo con que el gallo alardea para lucirse ante las gallinas.

**Acoquinar** es acobardar o acobardarse, amilanarse, perder el ánimo. La palabra proviene del francés *acoquiner*, en su sentido antiguo de "mezclarse con los mendigos", "hacerse mendigo", "acostumbrarse a mendigar", derivado de *coquin*: mendigo; tal vez procedente de *coque*: concha, en el sentido figurado de "peregrino" (por la señal o distintivo que éstos usaban) o, más bien, "mendicante" y, quizá, "falso peregrino", "pícaro".

La palabra **agüero** expresa los presagios, señales de cosas futuras o adivinaciones, sacados de los movimientos de algunos animales, como, y especialmente, el vuelo de las aves; o de fenómenos meteorológicos. Su origen es el vocablo latino *augurium*: observación e interpretación de los signos, en especial del vuelo de las aves; que procede de *augur*: adivino, miembro de un colegio de sacerdotes que pronosticaba mediante la observación del vuelo, el canto y aun la comida de las aves (parece ser que la raíz *au* está relacionada con *avis* o *avis*: ave, pájaro; ave utilizada para los *auspicios* —auspicio se deriva de *auspicium*, contracción de *avispicium*, literalmente: "observación de las aves"—). Las personas que formulan *agüeros* o *augurios* y los animales o fenómenos que los significan son los *agoreros* o *augures*, y la acción que realizan es *agorar* o *augurar* (de donde *inauguración*, que es, literalmente, la observación de las señales propicias para el inicio de una empresa). Y, según don Miguel de Unamuno, *malogrado* significa malhadado, "que ha recibido malos *augurios*", pues la palabra procede del latín *male auguratus*.

Hay **piropos** ingeniosos, elegantes, de buen gusto, que halagan a las mujeres como un golpe de incienso quemado en su honor, y hay *piropos* zafios, groseros, bajos, que ofenden y hacen arder la cara; pero el *piropo* es siempre —en un caso y en otro— fogoso e incendiario. Y esto porque como "todo es según el color del cristal con que se mira", lo que se ve con *mirada de fuego* será, necesariamente, llameante. En efecto, la palabra *piropo* procede del griego *pyr*, que significa fuego, incendio, llama, y *ops*, que quiere decir ojo, vista, mirada.

**Pellizco** es la acción y el efecto de asir con el dedo pulgar y el índice una pequeña porción de piel para apretarla y tirar de ella de manera que cause dolor; por extensión, significa también "una porción pequeña (la que cabe entre el pulgar y el índice) de una cosa, que se toma o se quita". El sustantivo *pellizco* se deriva del verbo *pellizcar*, que proviene del latín *pellis*: piel, y *capere*: tomar, coger, asir.

**Abarrote y ultramarino** han llegado —por vía marítima, naturalmente— a ser sinónimos (en su significado de artículos alimenticios, generalmente de importación), de tal manera que se dice, indistintamente, "tienda de *abarrotos*" o "tienda de *ultramarinos*". Esto se explica porque *abarrote* era el fardo (generalmente de productos alimenticios) con que se *abarrotaba*, es decir, se rellenaban los huecos para sujetar la estiba de la carga de un barco (originalmente esto se hacía con *barrotos* o grandes *barras*); el contenido de estos fardos se vendía después al pormenor en los puertos de llegada. *Ultramarino* significa, literalmente, de más allá del mar —de "allende la mar", como dirían nuestros abuelos— y se refiere a los productos que se traían en barco, como carga o como *abarrotos*, de países lejanos. Entonces, aunque sean palabras tan diferentes morfológica y etimológicamente, viene a ser lo mismo desde el punto de vista semántico.

El adjetivo **anexo** o *anejo* significa "unido o agregado a otra cosa, con dependencia de ella", y el sustantivo que de él procede es "la cosa o porción *anexa*"; el verbo *anexar*, que proviene también del adjetivo mencionado, tiene el sentido de "unir una cosa a otra, haciéndola depender de ella", pero ha tomado la significación de "agregar una ciudad, provincia o nación a otra", y de aquí ha nacido el sustantivo posverbal *anexión* y de éste, a su vez, un nuevo verbo: *anexionar*. Toda esta cadena tiene como origen común el adjetivo latino *annexus* (unido, agregado, atado), que, por su parte, se deriva del verbo *annectere*: enlazar, ligar, unir; añadir. ¡Largo y complicado viaje para llegar, a través de los siglos y de las culturas, por los vericuetos de la etimología, desde *annectere* hasta *anexionar*!

**Alternativa** es la "opción entre dos cosas" de manera que o se elige una, o la otra; es también "el turno entre dos personas" (en este sentido se usa en la tauromaquia, donde un matador da la *alternativa* a un novillero para que, a partir de ese momento, pueda entrar en turno con otros matadores); en la lógica clásica, es "el sistema de dos proposiciones tales, que una de las dos es verdadera, si la otra es falsa". La palabra se deriva del verbo *alternar*: hacer sucesivamente varias cosas, primero una y luego otra, repitiéndolas por turno; este verbo proviene del latín *alternare*, que procede de *alternus*: dispuesto o colocado por turno, y éste viene de *alter*: uno de los dos. *Alternativa*, pues, se refiere siempre a opciones o turnos de dos en dos, y no tiene nada que ver con el número tres, como podría hacer pensar la raíz *ter*, que, en realidad, no es la que corresponde a esta palabra.

La palabra **nigromante** evoca ideas de oscuridad, de misterio, de magia negra, y se asocia con la imagen de un hombre viejo, alto y delgado, vestido de largas y negras vestiduras, que en una oscura y sórdida cueva prepara espantosos brebajes. Pero *nigromante* no es propiamente un "brujo" sino un adivino; en efecto, *nigromante* es el que practica la *necromancia* (del griego *nekromantéia*, compuesto de *nekrós*: muerto, y *mantéia*: adivinación), es decir, la adivinación por medio de los muertos (especialmente, de sus entrañas). Las formas *nigromancia* y *nigromante* se dieron por influjo del latín *niger*: negro.

**Ducho** es hábil, diestro, experto, buen conocedor de lo que dice y, especialmente, de lo que hace; es decir: bien enseñado y que, a su vez, puede enseñar a otros. La palabra procede del latín *doctus*: que ha aprendido, que sabe; conocedor; pasando por la forma *duecho*.

El verbo *dilatar* significa tanto "extender" como "retardar" o "entretener", pero al expresar la acción y el efecto correspondientes, se dice **dilatación** para el primer significado, y **dilación**

para el segundo. Y es que *dilatación* procede del latín *dilatatio*, del verbo *dilatare*: extender, ensanchar, y *dilación* viene de *dilatatio*, que a su vez procede de *dilatatus*, participio de pretérito del verbo *differre*, de extraña conjugación, que tiene, entre otros, el significado de diferir, retardar, hacer esperar. El verbo *dilatare* pasó, como es normal, al español *dilatar* y, por semejanza, a la raíz *dilat* de *dilatatio* se le añadió simplemente la terminación verbal *ar*, y así se confundieron dos significados diferentes en una única forma verbal.

Un **galán** es un hombre airoso y de buen semblante, *galano*, *galante* y *galanteador*, que *galantemente* hace *gala* de su cortesía y se *engalana* con sobriedad y buen gusto. Toda esta familia de palabras —bastante extensa, por cierto, y en la que se incluye *regalo*, *regalar* y sus derivados— tiene por origen el término francés *galant*, procedente del alto alemán *wallan*: bullir, divertirse; de donde proviene también el inglés *valentine*, en el sentido de "amigo", "cortejante", "novio" (*be my valentine* significa, literalmente, "sé mi galán"), que por semejanza formal se asoció con el nombre propio *Valentín* (que no tiene nada que ver, pues éste procede del latín y significa "saludable", "fuerte", "robusto") y por ello el día de San Valentín (14 de febrero) se considera día de la amistad y el amor: día de los galanes.

**Estrellado** puede significar "lleno de estrellas" o también "lleno de estrías", según provenga de las palabras latinas *stellatus* (en el primer caso) o *striatus* (en el segundo). *Stellatus* procede del verbo *stellare*: sembrar de estrellas; que a su vez se deriva de *stella*: estrella. *Striatus* viene del verbo *striare*: hacer estrías, derivado de *stria*: estría, surco, ranura. Al parecer, *striatus* y *stellatus* se influyeron mutuamente, por lo que, al pasar al español, *estrellado*, de *stellatus*, adquirió la *r* de *stria*, y *estrellado*, de *striatus*, la *ll* de *stella*. Y junto a *estrellado*, como palabra única con el doble significado señalado, existen también en nuestra lengua los cultismos *estelado* (poco usual) para "lleno de estrellas", y *estriado* para "lleno de estrías".

Para algunos, **blondo** tiene el significado de "crespo", "rizado" o, por otra parte, de "suave", "sedoso", tal vez por una curiosa —y falsa— relación con *blandido* (agitado con movimientos vibratorios) o con *blando* (tierno, suave al tacto), respectivamente. Pero su significado verdadero es el de "rubio", "castaño claro", y procede del latín vulgar *blundus*: castaño, así, en los Apeninos ligurinos, al norte de la Península Itálica, los colonos distinguían el *fundus blondelis*, de tierra de color castaño, del *fundus roudelis*, de tierra roja.

Por **media** se entiende la prenda (en la actualidad, propiamente femenina) que cubre el pie y la pierna y que suele ser de un tejido bastante sutil y transparente, aunque de distintos colores. La palabra *media* indica la mitad de algo y es, precisamente, la mitad de la expresión *media calza*. La historia, tanto de la prenda como de su nombre, y complicada: resulta que los romanos imitaron de los germanos el uso de una prenda que cubría las piernas hasta la rodilla y la llamaron *calcea*, de *calceus*: calzado, zapato; después, ya en la Edad Media, esta prenda se fue alargando para cubrir desde los pies hasta la cintura y se llamó, completa, *calza*; y luego, por comodidad, se partió en dos y la parte superior conservó el nombre de *calza*, que más tarde se convirtió en el aumentativo *calzón*; la parte inferior se llamó *media calza*, y después, por comodidad, simplemente *media*. Hoy, la *media* ha vuelto (al parecer, ¡por comodidad!) a alargarse, y recibe el nombre de *pantimedia*, compuesto contracto de *pantalón* (prenda que originalmente era un *calzón* largo) y *media*.

El **prisco** es una fruta muy sabrosa, redondeada, de unos seis centímetros de diámetro, amarilla con una mancha sonrosada, y de carne jugosa. Su nombre procede del latín *persicum*, forma sustantivada del adjetivo *persicus*: de *Persia*; porque, efectivamente, este fruto procedía de aquella región. Ahora bien, si buscamos la palabra *prisco* en el diccionario, se nos remitirá a *albérrchigo*, palabra que, en cuanto a su forma, no parece tener relación; sin embargo, *albérrchigo* no es más que la deformación, por influjo del árabe, de *persicum* en *bérchigo* (la *p* se vuelve *b*; la *s*, *sh* y luego *ch*; la *c*, *g*), con la añadidura del artículo arábigo *al*. el; así, *albérrchigo* será, simplemente, *el prisco*, y, literalmente, el "pérsico", el "que procede de Persia".

La palabra **jauría** se aplica a la "cuadrilla de perros que cazan conjuntamente"; por extensión, se dice de cualquier conjunto de fieras que van en busca de presa, y, en sentido figurado y peyorativo, del conjunto de personas que, de palabra o de obra, atacan furiosamente a alguien. El origen del término es el árabe hispano *hauriya*, literalmente "cuadrilla de danzantes", procedente del griego *joreia*: danza; coro de danzantes; después significó cualquier conjunto en

movimiento, hasta llegar a la significación actual con el matiz de violencia que encierra.

En la actualidad, al hablar de un **idilio** se hace referencia a una relación amorosa, tierna y delicada, llena de dulzura y de paz. El origen de este término es el griego *eidyllion*: composición poética corta, de carácter lírico, que canta los amores pastoriles, situándolos en medio de un escenario de bellos paisajes (de ahí las expresiones "una escena idílica", "un paraje idílico"); procedente de *eidos*: forma, figura; belleza.

**Engatusar** es una curiosa palabra: en primer lugar, se usa en lenguaje coloquial con el doble significado de "ganarse a uno con halagos y arrumacos", y también de "engañar con buenas palabras o bonitas apariencias"; luego, en su formación han entrado varios términos diferentes, pues se han confundido en ella *encantusar* (de *encantar*, pero con un matiz despectivo): engañar con encantos; *engatar* (derivado de gato): engañar con arrumacos, y *engaratusar* (de *garatusa*: halago, caricia interesada): engañar con halagos y carantoñas. Así puede decirse que *engatusar* es precisamente lo que hacen los *gatos*, que nos *encantan* con *garatusas* para ganarse nuestras atenciones y aun nuestro cariño, pero sin dejarse ganar ellos, o al menos mostrándonos una actitud distante e independiente.

La palabra **testa**, con el significado de "cabeza", parece muy elegante y distinguida, propia del lenguaje culto y aun literario; en cambio, **maceta**, en el mismo sentido, se considera un terrible vulgarismo. Así, se habla de las "testas coronadas", "la altiva *testa*" y, por otra parte, dicen algunos "le dieron en la *maceta*", "le rompieron la *maceta*". De *testa* se derivan *testarudo*, *testaferro*, *testuz*; de *maceta*, en el sentido del que hablamos, solamente el vulgarismo *macetazo* (como en "se dio un tremebundo *macetazo*"). Lo curioso es que en su origen ambas palabras significaban propiamente "vasija de barro para poner plantas o flores" y sólo coloquialmente y en sentido figurado "cabeza"; *testa* viene del latín *testa*: vasija de barro cocido (de su derivado *testu*, que significa lo mismo, procede el español *tiesto*); *maceta* es diminutivo de *maza*, derivado del latín *matella*: jarro; diminutivo, a su vez, de *matula*: vasija para líquidos (*matella* se confundió, en su evolución, con *mateola*: martillo, que dio también pasando por el latín vulgar *matea*, *maza*).

El **carácter** es —en su acepción más usual— modo peculiar de ser de una persona (lo que es *característico* de ella), que la diferencia de otras (la *caracteriza*); es su signo distintivo. La palabra tiene, pues, un sentido abstracto; sin embargo, en su origen tenía un significado bien concreto (que aún conserva en algunas otras acepciones): *carácter* viene del griego *jaractér*: signo grabado, marca grabada o cincelada; signo de la escritura, y también, instrumento para grabar; luego, lo mismo que *stylus*: punzón para escribir, tomó el sentido de "manera de escribir", "estilo propio de cada escritor" y, por último, el señalado de "manera de ser".

Es evidente que **empatar** viene de *pata* y quiere decir "tener *pata*", "echar *pata*" o, más exactamente, "hacer *pata*". Pero esta *pata* no se refiere, ciertamente, a "cada una de las extremidades —especialmente las posteriores— de un animal", ni a la "hembra del pato", sino que es una derivación antigua del latín *pacta*, plural de *pactum*: pacto, tratado, acuerdo; procedente a su vez del verbo *pacare* —a través de *pacisci*—, que significa pacificar, poner en paz. Así *empatar* significa propiamente "hacer la paz con alguien", "quedar en paz sin ganar ni perder"; "llegar a un acuerdo equitativo", pues solamente en la perfecta equidad puede darse una paz verdadera.

Para muchas personas, **vigilia** significa "abstinencia de carnes", y así se dice: "hoy es día de *vigilia*", o hasta se habla de ciertas "empanadas de *vigilia*" rellenas de pescado o de mariscos. Pero esta palabra es un cultismo tomado directamente del latín *vigilia* (su derivación vulgar dio *vela*, en su sentido de "estar sin dormir" y también, por extensión, de "candela", porque para velar se necesita alguna luz), procedente de *vigil*: vigilante, atento, despierto; ¿por qué, entonces, el sentido que se le da popularmente?; pues porque desde la víspera de las fiestas más importantes, los fieles permanecían en *vela*, absteniéndose de carnes y aun ayunando totalmente, orando para preparar la solemnidad subsiguiente.

La palabra **nombre** —y lo que ella representa— es una de las más importantes y fecundas de nuestro idioma, y lo mismo sucede con su equivalente en cualquier lengua. En efecto, no es posible hablar de alguna cosa sin *nombrarla*, y al nombrarla le damos, en cierto modo,

existencia propia; le damos, si puede decirse, "personalidad", la distinguimos de cualquier otra. Hasta se dice que "el nombre es el hombre", que "el nombre hace al hombre". Así, entre los judíos de la Antigüedad, el *nombre* (*shem*, relacionado con el sustantivo griego *sema*: signo, marca, y el verbo *semaíno*: marcar con una señal; dar a conocer, revelar; explicar) definía y marcaba a una persona, de tal manera que *nombrarla* era, de alguna manera, apoderarse de ella, y su *nombre* señalaba su destino. El origen de esta palabra en nuestra lengua —y en otras, no solamente romances, como el portugués, el francés y el italiano, sino también en el alemán o el inglés— es el término latino *nomen*: nombre, denominación; título; causa; apariencia; de aquí se derivan directamente los cultismo *nómina*, *nominal*, *nomenclatura*, *denominar*, *innominado*, *ignominioso*, etc.; en su evolución vulgar, *nombre*, *nombrar*, *nombramiento*, *nombradla*, *renombre*, *sobrenombre*, etc. Del equivalente griego (para algunos, antecedentes del término latino) *ónoma*, vienen *onomástico*, *antonomasia*, *epónimo*, *metonimia*, *anónimo*, *sinónimo*, *antónimo*, etc., etc. Por todo esto, para nombrar algo —sobre todo a una persona— hay que saber muy bien lo que se está diciendo y por qué se está diciendo.

**Alma** es palabra de origen latino, a través de una bastante complicada evolución; el término del que procede es *ánima*, que significaba —igual que el griego *pneuma*— aire, soplo, y que después (más bien por razones filosóficas y religiosas) vino a tomar —también como en griego— el sentido de "espíritu", "lo que anima", "lo que hace vivir". De su forma original, dio en español los cultismos *ánima*, *ánimo*, *animal* (y la curiosa derivación *animalia*, que luego se convirtió en *alimaña*), *animosidad*, *animado* (e *inanimado*), *animadversión*, *exánime*, *ecuanimidad*, *magnanimidad* (relacionado con el sánscrito *mahatma*: alma grande), *pusilanimidad*, *unanimidad*, etc., etc. De la formación vulgar, en cambio, solamente se usan *alma* y *desalmado*.

La **máscara** (del árabe *máshara*: bufón, payaso) es la *careta* (evidente derivado de *cara*) con la que se cubre el rostro para disfrazarse, es decir, para ocultar la personalidad o tomar, momentáneamente, otra prestada. El equivalente griego de *máscara* es *prósopon*, que además significa *cara*, rostro, aspecto, y también **persona** (de donde *prosopopeya*, que quiere decir "personificar"). Los actores del teatro griego usaban un *prósopon* o *máscara* de madera —que caracterizaba al personaje representado— con una especie de bocina para que la voz sonara fuertemente y se oyera bien en todo el teatro; a imitación de aquéllos, los actores romanos utilizaron también esa careta-altavoz y la llamaron, precisamente, *persona*, que literalmente significa "que suena" (*sonat*) "a través de" (*per*); como la *persona* servía para caracterizar a determinado "personaje", se identificó con la "personalidad", en el sentido en que ahora la entendemos, es decir, "la diferencia individual que constituye a cada persona y la distingue de otra". Esta personalidad, ¿no será, muchas veces, una *máscara*?

La palabra **radio** tiene en español varios significados, algunos aparentemente muy distanciados de los otros; el origen de todos es el término latino *radius*, que primeramente quería decir "vara" o "varilla" y más tarde "compás del geómetra"; de este último sentido pasó a significar "la línea que parte del centro de una circunferencia y va a tocar cualquiera de sus lados", es decir "la mitad del diámetro"; después, refiriéndose a su forma de vara, se le dio este nombre a uno de los huesos del antebrazo; posteriormente, en sentido figurado, se aplicó la palabra a la *irradiación* de un objeto luminoso (*radius* en su evolución al español dio *rayo*: rayo de luz, rayo como "relámpago" y como "descarga eléctrica"). En su forma culta, *radio* significa en español, además de lo mismo que en latín *radius*, un elemento químico descubierto por los esposos Curie, de donde se derivaron *radiación* y *radiografía*, y —gracias a Hertz y a Marconi— *radiotelefonía*, *radiotelegrafía*, *radiodifusión* (la "*radio*" por antonomasia); el aparato *radiorreceptor* (el "radio", simplemente), y todo lo que sea *radiado*. Así, el viejo *radius* original de los latinos se ha enriquecido de un modo que éstos nunca podrían haber imaginado.

El **carnaval** es una celebración profana relacionada con un motivo religioso —o tal vez, más bien, que lo toma como pretexto—, pues se lleva a cabo los días domingo, lunes y martes que preceden inmediatamente al miércoles llamado "de ceniza", que marca el inicio de la Cuaresma, ese periodo que, para muchos cristianos, significa una etapa de recogimiento, oración y sacrificio para preparar la posterior conmemoración de la muerte y resurrección de Jesucristo. Precisamente esa idea de sacrificio, representado en la abstinencia de carnes, es la que va a producir el término de *carnaval*; en efecto, esta palabra procede del italiano *carnevale*,

derivado de *carnelevare*, compuesto de *carne* y *levare* (quitar), equivalente exacto del viejo vocablo castellano **carnevolendas**, del latín *carnes tollendas* (del verbo *tollere*: quitar), que ha caído en desuso, pero que tuvo una gran significación en la Edad Media. El *carnaval* o las *carnevolendas* responden, pues, a ese pensamiento, un tanto cínico y bastante epicureísta, de "hoy comamos y bebamos, que mañana ayunaremos", y así, antes de entrar en un periodo penitencial, se da rienda suelta a la alegría y al bullicio, al comer y beber y cantar y bailar, más o menos "desenfrenadamente". Aunque en la actualidad, ciertamente, estas fiestas carnalescas han ido perdiendo su sentido y, para muchos, la vida es un *carnaval* permanente.

**Divisar** es ver, distinguir, percibir distintamente algo, aun desde lejos; en la ciencia heráldica, es diferenciar, distinguir las armas de una familia, añadiéndole blasones o timbres. De aquí procede *divisa*, que tiene varias acepciones, todas relacionadas con la idea de "distinción", es decir, de aquello que distingue o que se distingue; así, puede referirse a la "señal o insignia para distinguir personas, grados y otras cosas"; o el "lazo de cintas de colores con que se distinguen en la lidia los toros de cada ganadero"; o la "moneda extranjera referida a la unidad del país de que se trata"; o bien, en heráldica, el "lema o mote con que se expresa el valor, el pensamiento o el ideal de una persona, casa o familia". Y es que tanto *divisa* como *divisar* se derivan del término latino *divisus*, que quiere decir: dividido, separado, apartado, distinguido, y es el participio de pretérito de *dividere*: dividir, separar, distinguir.

Una **jira** es una excursión, un paseo al campo, o, más propiamente, la comida o banquete campestre. La palabra procede del francés antiguo *chiere*: rostro, semblante, cara (precisamente *chiere* tiene el mismo origen que *cara*: el griego *kara*, que significa cabeza, y también rostro o aspecto). Pero, ¿qué tiene que ver la cara con una comida o una excursión? Pues que cuando se reúnen los amigos para una comida campestre o para un paseo, se "hacen buena cara", y así, de la antigua expresión francesa "*allons faire bone chiere!*", usada para convidar a una *jira*, la última palabra pasó a indicar la alegría y la cordialidad de una amigable convivencia. Lo curioso es que, por influencia de *giro* (del verbo *girar*, dar vueltas; procedente del latín *gyrare*, y éste del griego *gyros*: círculo), equivalente del francés *tour*: vuelta, y también "paseo" (de donde *turista*), *jira* tiende ahora a escribirse *gira*, y la grafía *jira* queda más bien para el significado de "pedazo arrancado o desgarrado de una pieza de tela o de una prenda de ropa de cualquier material", con su aumentativo *jirón*; en este caso, la palabra *jira* procede del flamenco *scheuren*: desgarrar.

El **plátano** es, propiamente, un "árbol de la familia de las plátaneas (*Platanus orientalis*) que crece hasta más de diez metros de altura, de tronco recto y redondo de madera ligera, blanca y fibrosa, con hojas palmeadas y lobuladas, y que suele plantarse en parques y paseos por hacer mucha sombra en el verano"; su nombre procede del griego *plátanos*, derivado de *platys*: ancho, extendido. Pero se le llama también *plátano* —y tal vez sea más común, aunque impropia, esta denominación— a una "planta arbórea, tropical, de la familia de las musáceas (*Musa paradisiaca* o *Musa sapientum*), de hojas muy grandes y fruto comestible y aromático", cuyo verdadero nombre es el de *banano* o *bananero* y el de su fruto *banana*, palabras todas éstas derivadas del portugués *banana* que, a su vez, tomó este vocablo de la lengua susu de Guinea, y de Guinea precisamente llevaron los españoles el banano a las islas Canarias y más tarde a las Antillas, donde se aclimató y prosperó como en suelo propio y en donde se sigue llamando, preferentemente, *banano*. Aunque se ha tratado de buscar explicaciones para justificar el que, en muchos lugares, se dé el nombre de *plátano* al *banano*, todas ellas resultan poco convincentes y hasta disparatadas.

**Vestigo** significa huella, señal o indicio, y se refiere a todo aquello que puede llevar al conocimiento, al descubrimiento de algo, por el seguimiento o la interpretación que se haga de ello. La palabra procede del latín *vestigium*, que quiere decir "planta del pie" y, por extensión, la huella o marca que ésta deja; luego se aplicó a cualquier huella o señal y, en sentido figurado, al rastro o pista señalado por éstas; de *vestigium* se derivó el verbo *vestigare*: seguir la pista, buscar por todas partes, encontrar, descubrir; luego *investigare* (con la partícula *in*, que, en este caso, denota movimiento, dirección, fin) será "ir siguiendo la pista", descifrar los indicios, encontrar después de mucho buscar, llegar a descubrir algo. Del verbo *investigare* se deriva *investigatio*: búsqueda, que dio la palabra española *investigación*, que es, entonces, la acción de seguir pistas, de buscar indicios, de atender señales.

La palabra **fastidio**, que significa disgusto, molestia, enfado y hasta repugnancia, parece una palabra vulgar, y en cambio **hastío**, que quiere decir más o menos lo mismo, pero con un matiz (más suave) de tedio, aburrimiento o cansancio, se considera culta y elegante; pero en realidad resulta todo lo contrario: en efecto, *hastío* es la forma vulgar, evolucionada del latín *fastidium*, cuyo sentido es propiamente el de repugnancia, aversión, asco y, también desprecio. Como puede verse, la palabra latina *fastidium* resulta mucho más fuerte, más enérgica que la española *fastidio* y ésta, a su vez, más que *hastío*; es decir que, tanto fonética como semánticamente, se ha ido suavizando con el paso del tiempo y los avatares de su evolución.

Un **erudito** es una persona culta, instruida, conocedora de diversas materias, artes o ciencias y que puede tratar sobre ellas con facilidad, aunque tal vez no con mucha profundidad. La palabra procede del latín *eruditus*, que quiere decir instruido, enseñado, amaestrado, y se deriva del verbo *erudire*, que significa literalmente "quitar la rudeza", desbastar, pulir; así, *erudito* será propiamente "el que se ha quitado la rudeza primitiva", el que se ha pulido quizá sólo superficialmente. Por ello, este término tiene, de algún modo, un cierto matiz despectivo que lo aleja semánticamente del concepto —más consistente, más respetable— de sabio.

**Olimpiada** u *olimpiada* (que de las dos maneras puede decirse) es el periodo (o período) de cuatro años comprendidos entre dos celebraciones consecutivas de juegos *olímpicos*, que se llevaban a cabo —y de ahí su nombre— en la ciudad griega de *Olimpia*; estos periodos se empezaron a contar a partir del solsticio de verano del año 776 a.C, aunque los juegos se celebraban ya desde el 884 a.C, cuando fueron establecidos por Ifitos, rey de Élide; los juegos olímpicos mismos fueron llamados también *olimpiadas*, por lo que, en realidad, la palabra puede aplicarse indistintamente al periodo o a los juegos; ahora bien, como hace muchos siglos que no se computa el tiempo por *olimpiadas*, este término se refiere ahora más bien solamente a la celebración.

El adjetivo **compacto**, del que se ha derivado el verbo *compactar*, es una de esas palabras un tanto pedantescas que gozan ahora de gran predicamento y se usan abundantemente, aunque, en general, sin saber exactamente por qué. Este término significa propiamente "apretado" o "denso" y se aplica a lo que teniendo mucha masa ocupa poco espacio; proviene del latín *compactus*, participio de pretérito del verbo *compingere*: unir, juntar, ensamblar; empujar; compuesto de *cum*: con, en conjunto, y *pangere*: fijar, clavar, plantar. *Compacto* no es, pues un anglicismo, como piensan algunos, sino una palabra perfectamente castellana y de clara prosapia latina; *compactar* ya sería más discutible, y *compactado* no debe usarse en el sentido de "hecho compacto", pues en algunos lugares este vocablo tiene la curiosa significación de "el que ha hecho pacto con el diablo".

**Abyecto** es una palabra malsonante, difícil de pronunciar, áspera; pero su significado es peor que su sonido: *abyecto* quiere decir "vil", es decir, bajo, despreciable, torpe, infame, indigno de confianza, etc.; todo lo peor que puede decirse de alguien. El origen del término es el adjetivo latino *abiectus*, que tenía una significación bastante menos fuerte que su derivación española, pero que procedía (como participio de pretérito) de un verbo —*abiicere*— que sí expresaba una actitud de tal rechazo, pues quería decir arrojar, excluir, echar de sí, desechar; derribar, postrar, deponer; rebajar, despreciar. *Abyecto* será, pues, alguien que debe excluirse, desecharse, despreciarse; alguien, en suma, con el que es mejor no tener trato.

La palabra **elíxir** o *elixir* tiene una larga historia, ha pasado por cuatro lenguas y ha venido a significar precisamente lo contrario de lo que en su origen expresaba. En efecto, *elíxir*, que en el español actual es el "licor (cuerpo líquido, bebida) compuesto de diferentes sustancias medicinales, disueltas generalmente en alcohol, y que constituye un remedio maravilloso", fue, en el castellano del siglo xv, el nombre que se le daba a la "sustancia específica y esencial de cada cuerpo", según los alquimistas; al castellano llegó por conducto del bajo latín *elixir*, que tomó el vocablo del árabe vulgar *el-iksir*, es decir, el término *iksir*, que nombraba a la "piedra filosofal", a los "polvos empleados para hacer oro", con el artículo *el* (*al* en árabe clásico); el árabe lo traía, a su vez, del griego *xérion* (medicamento seco, polvos medicamentosos), neutro sustantivado de *xerós*: seco, no húmedo; relativo a las materias secas. Así, desde su origen griego, con la significación de lo seco, ha llegado, después de muchas vicisitudes, a nuestro español, para indicar algo líquido.

**Magullar**, que en algunos lugares se dice vulgarmente *mallugar*, por una metátesis (alteración del orden, cambio de lugar de las letras de un vocablo) bastante común en la evolución de nuestra lengua, como la que convirtió el antiguo *murciégalo* en el actual *murciélago*, o —de la misma manera— *aguilando* en *aguinaldo*, significa "causar contusión (daño que recibe alguna parte del cuerpo por golpe que no causa herida exterior) a un cuerpo cualquiera, comprimiéndolo o golpeándolo violentamente". Se deriva del término *magular*, usado en los siglos xiv y xv con esa misma significación, y que procede del latín *maculare*, que quiere decir "marcar, llenar de pintas, salpicar de manchas", o, simplemente, "manchar", "ensuciar". Así, lo que originalmente expresaba solamente la mancha o marca (es decir, el efecto) pasó a indicar la acción que la produce (o sea, la causa).

Por **caricia** se entiende la "demostración cariñosa que consiste en rozar suavemente con la mano alguna parte del cuerpo de una persona o (por extensión) de algún animal". Como lo más usual es que se *acaricie* el rostro, hay quien piensa que la palabra *caricia* viene de *cara*, pero lo cierto es que procede del latín medieval *caritia*: estimación, afecto y, por extensión, la demostración de estos sentimientos; derivado del latín clásico *carus*: precioso y, en sentido figurado, estimado, preferido, amado.

El **jinete** es, en general, "el que cabalga" o, propiamente, "el que es diestro en equitación", aunque en sentido estricto se refiere solamente al que monta "a la *jineta*", es decir, con estribos cortos y las piernas dobladas. La palabra *jinete* procede del árabe vulgar *zeneti*: individuo de la tribu bereber de *Zeneta*, famosa por su caballería ligera de extraordinaria velocidad y asombrosa capacidad de maniobra, muy temida en todo el norte de África, que fue llamada para auxiliar en la defensa del reino de Granada en el siglo xiii. En un bellissimo romance del gran poeta barroco español Luis de Góngora y Argote (1561-1627) se habla de que "Servía en Orán al Rey/ un español con dos lanzas,/ y con el alma y la vida/ a una gallarda africana,/ tan noble como hermosa,/ tan amante como amada,/ con quien estaba una noche/ cuando tocaron al arma./ Trescientos *zenetes* era/ de este rebato la causa..."

En estos tiempos parece que **arte** y **técnica** son dos palabras opuestas o que, al menos, difieren sustancialmente una de otra; así, el *arte* se asocia con la belleza y la *técnica* con la utilidad; el *arte* con lo espiritual, lo desinteresado, lo ornamental; la *técnica* con lo material, lo productivo, lo práctico y funcional. Sin embargo, en su origen ambos términos expresaban exactamente lo mismo; en efecto, el vocablo griego *tejne* (de donde procede *técnica*) significaba "arte, oficio, profesión; industria; habilidad; artificio", y la palabra latina *ars* (de donde proviene *arte*) quería decir "arte, talento, habilidad, aptitud; oficio, profesión, empleo; arte". En realidad, no hay por qué separar un concepto de otro, a pesar de que la evolución semántica de los términos que los expresan haya sido divergente: no hay *arte* sin *técnica* ni *técnica* sin *arte*, y tanto la una como la otra —y las dos juntas— son indispensables para el desarrollo de la humanidad.

**Comensal** (del latín *cum*: con, junto con, y *mensa*: mesa) es el que come en la misma mesa que yo, el que se sienta a comer a mi lado; es decir, mi **compañero** (del latín *cum* y *pañis*: pan), el que comparte el pan conmigo. Dos palabras éstas, *comensal* y *compañero*, fraternales, entrañables, con un inmenso contenido social, a las que generalmente no se les da la importancia que realmente tienen, no se les trata con el respeto que merecen.

Cuando se habla de **crisis** la gente se asusta; piensa que las cosas van muy mal y pueden ponerse peor, que se está en un aprieto grande, que se avecina una catástrofe. Pero no hay que alarmarse; la palabra *crisis* tiene un sentido realmente benigno, que no presupone algo terrible; más bien, no presupone nada. *Crisis*, propiamente, significa el "juicio que se hace de una cosa después (no antes) de haberla examinado cuidadosamente"; el juicio, por cierto, puede resultar bueno, y hasta muy bueno. En medicina, *crisis* es el "cambio considerable que se da en una enfermedad, ya sea para que el enfermo se mejore o ya para que se agrave", es decir, que el cambio puede ser para bien o para mal. Por extensión, se entiende por *crisis* el "momento decisivo de un asunto grave y de consecuencias importantes (buenas o malas)". Este término proviene del griego *krísis*: acción o facultad de distinguir, de elegir, de separar, de decidir; juicio; explicación; resultado, desenlace. Una *crisis* es, pues, algo muy importante, fundamental, decisivo, pero no necesariamente temible: su desenlace puede ser muy beneficioso.

El adjetivo **aleatorio** se aplica a lo azaroso, a lo que depende de un suceso fortuito, a lo que no es de ninguna manera seguro, ni siquiera predecible. El origen de este término es el latín *aleatorius*, que significa fortuito, a merced de la suerte; relativo a los juegos de azar, y que procede de *alea*: los dados y, en general, todo juego de azar; la suerte. Es famosa la frase que Suetonio atribuye a Julio César cuando éste pasó el Rubicón (río que separaba a Italia de la Galia Cisalpina) para ir a combatir a su rival Pompeyo, en el año 49 a.C.: *Alea iacta est!*: ¡La suerte está echada!

Por **claudicar** se entiende generalmente "fallar", faltar, no sostenerse; en un sentido más propio, significa "estar inseguro", titubear, flaquear. Pero en realidad, claudicar (del latín *claudicare*) quiere decir literalmente "cojear", estar cojo (así, se habla de "un paso, o una marcha, *claudicante*"). El verbo latino *claudicare* procede del adjetivo *claudus*: cojo, y por ello, en sentido figurado, expresa el no tener apoyo, el irse de lado, el bambolearse; en suma, el no poder mantenerse firme. Por eso, cuando se dice que alguien "*claudicó* de sus principios", se da a entender que no supo, o no pudo —tal vez por falta de suficiente apoyo en sí mismo o de los demás—, sostenerse en lo que pensaba o —aparentemente— afirmaba; no pudo o no supo mantener su verticalidad.

La palabra **real** tiene dos significados principales: "que posee existencia verdadera y efectiva", y "relativo o perteneciente al Rey". De la primera acepción se derivan *realidad* y *realizar*; de la segunda, *realeza*; tanto de una como de otra, según el sentido propio de cada cual, *realismo* y *realista*. Los significados tan claramente distintos que esta palabra tiene en español se deben a un origen que es, también, claramente diferente: en el primer caso, *real* proviene del bajo latín *realis*, derivado de *res*: cosa (en plural, "las cosas": la naturaleza, la *realidad*); en el segundo, procede asimismo del latín, pero del clásico *regalis*, derivado de *rex*: rey (a pesar de ser dos palabras fonéticamente muy semejantes, *res* y *rex* son, semánticamente, muy distintas). Éste es uno de los casos curiosos en que una sola palabra en español proviene de dos términos que no tienen relación entre sí.

La **patria** es la tierra de los padres de los antepasados; el solar familiar: *patria* (de *patér*: padre), en griego, significaba la familia, la casta, la tribu, la raza. La **nación** es el lugar donde se ha nacido: *natio*, en latín, viene de *natus*: nacido; oriundo, procedente de. Los romanos distinguían entre el *ius sanguinis*: el derecho de la sangre, el derecho familiar, la *patria*, y el *ius loci*: el derecho del lugar, el derecho de origen, la *nación*. Como generalmente el lugar en donde se nace es también la tierra de los padres y de todos los antepasados, *patria* y *nación* se confunden y entonces estas dos palabras pueden ser sinónimos perfectos, pero no siempre es así, y entonces los términos difieren, por lo que hay personas que se sienten divididas entre su *patria* y su *nación*.

En cierto tipo de regatas se utiliza un bote largo y ligero al que llaman **esquife**; esta embarcación, que, aparte de su uso deportivo, se emplea en los barcos grandes y de mucho calado para transportar hombres y pequeñas cargas a tierra cuando el buque está anclado fuera del puerto, proviene de la lancha de dos proas que llevan las galeras para facilitar algunas maniobras o para el desembarco. Su nombre llegó al español por conducto del catalán *esquif*, que lo tomó del italiano *schifo*, el cual, a su vez, lo había derivado del longobardo *skif*: barco, embarcación; emparentado con el gótico *skip*, de donde procede el inglés *ship*; pariente también —más remotamente, en la vieja y extensa familia indoeuropea— del latín *scapha*: barca, lancha; que proviene del griego *skáfe*, que se refiere a cualquier objeto cóncavo y que, expresando su forma ahuecada, puede significar: tazón, artesa, bañera, arca, cuna, o barquilla, lancha angosta; del vocablo griego se derivan tecnicismos en español, como *escafandra* (vestidura y, especialmente, casco hermético para los buzos), *escafa* (en arquitectura, nicho), *escafocéfalo* (que tiene la cabeza en forma de barco), *escafoides* (ciertos huesos), *escafópodo* (cierta clase de moluscos), etc. Paralelamente a **skáfe**, existe también en griego el término *skyfos* —que podría parecer más cercano al italiano *schifo*, a pesar de la distancia que realmente los separa—, que significa específicamente "jarro para beber" y cuyo diminutivo *skyfion* (copita, taza) dio en español *cío*, hoy casi caído en desuso, que nombraba el cuenco que, lleno de agua caliente en la que sobrenadan algunas rodajas de limón, sirve para enjuagarse los dedos después de comer langostinos o camarones —habiéndolos previamente descascarado o "pelado" —.

La palabra **pascual** expresa, en sentido estricto, todo aquello que se relaciona con la *Pascua*, la gran fiesta de la liberación para judíos y cristianos; por extensión, hace referencia a lo alegre, regocijado, festivo, o bien a algo grande y solemne. El vocablo ha llegado al español a través de una serie de extrañas derivaciones: directamente procede del latín *paschalis* que, a su vez, viene de *Pascha*; este término se tomó del griego *Pasja*, derivado del hebreo *Pésaj*, que procede de *pesí'ah*: paso, por el "paso del Señor" en la noche de la muerte de los primogénitos de Egipto, y, simbólicamente, por el paso de la esclavitud a la libertad. Curiosamente, existe en latín la palabra *pascualis*, que no tiene nada que ver con el español *pascual*, pues significa "que paca o se lleva a paca", y también *pascalis*: lo que se lleva a pastar, del verbo *pascere*: apacenta, llevar a los pastos; por otra parte, hay en griego el verbo *pásjo*, que quiere decir "sufrir, padecer, experimentar algo (por ejemplo, un cambio)", y que tampoco tiene relación alguna con *Pasja*. Esto nos muestra cómo el etimologista debe actuar con gran cuidado y extremada prudencia para no confundir unas cosas con otras, dejándose llevar por aparentes semejanzas.

La **cadere** es la "parte saliente formada por los huesos superiores de la pelvis a ambos lados del cuerpo". El origen inmediato de esta palabra es el latín vulgar *cathegra*, derivado del clásico *cathedra*, que lo tomó del griego *kathédra*: asiento, banco, silla. Al evolucionar vulgarmente, el término tomó el sentido de "lo que se asienta", es decir, las "asentaderas"; en cambio, la forma culta **cátedra** significó el "asiento elevado desde donde el maestro da lección a los discípulos", luego, "aula de enseñanza" y, actualmente, "facultad o materia que enseña un *catedrático* (maestro o perito en un arte o habilidad; maestro universitario); la derivación **catedral** indica la "iglesia principal de una diócesis, en donde se encuentra la silla o sede episcopal, desde donde el obispo preside". Como puede verse, hay una diferencia semántica entre *cadere*, *catedrático* y *catedral*, aunque su origen sea el mismo.

La palabra **lívido** se define en los diccionarios de la lengua española como "amorado, que tira a morado", y se tiene por impropio y digno de censura usarla como sinónimo de "pálido". Pues bien, en latín, *lividus* (de donde procede nuestro *lívido*) significa, efectivamente, amorado o cárdeno, pero también negruzco, plumizo, azulado, y, precisamente, *pálido*; además, en sentido figurado, se dice por "envidioso", por aquello de "ponerse *pálido* (o amarillo) de envidia"; la palabra española *pálido* proviene del latín *pallidus*, que quiere decir amarillento, descolorido, de color amortiguado, que ha perdido su color natural, pajizo, "*lívido*". No hay, pues, ninguna impropiedad en decir *lívido* por *pálido*, sino que resulta tan adecuado y "culto" como usarlo por amorado (o tal vez más).

Lo que sí es impropio, incorrecto e injustificado es confundir **álgido** con culminante, crítico o efervescente, pues dicha palabra proviene del latín *algidus*, que quiere decir frío, helado, glacial; del verbo *algere*: tener frío, enfriarse mucho, helarse. En medicina se habla de una "fiebre *álgida*" para referirse a aquella que va acompañada de un frío intenso; tal vez esta expresión sea la causa de la confusión mencionada, pues al considerar a *álgida* como calificativo de fiebre (del latín *febris*: calentura; del verbo *fervere*: hervir, estar hirviendo), pudo pensarse que tendría algo que ver con lo caliente, con una elevada temperatura o con una crisis de la enfermedad.

Llamamos **precioso** a todo aquello que tiene mucho precio o que *apreciamos encarecidamente*, es decir, que es *caro* o nos es *caro* (como nuestra "*cara* mitad"). Parece ser que los romanos, que eran profundamente materialistas, sólo se interesaban verdaderamente por aquello que "costaba" —no tanto trabajo sino más bien dinero— y, por lo mismo, sólo *apreciaban* lo que tenía un *precio*, y sólo querían o amaban (les era *caro*) lo que era *caro*, o sea, "costoso". Y basta de logomaquias (juegos de palabras); veamos cómo la propia lengua latina delata el afán crematístico de sus hablantes —las lenguas responden siempre a la idiosincrasia de los pueblos—: *pretium* significaba "valor de una cosa", dinero que se da o se recibe, precio de un objeto que se **vende**, y *pretiosus*, costoso, valioso, de mucho **precio**, muy caro, comprado a gran precio; *carus*, **por su parte**, quería decir, asimismo, costoso, de mucho precio, y sólo en sentido figurado venía a significar querido, amado, estimado (*estimado*, por cierto, viene de *aestimatus*, participio de pretérito de *aestimare*: valuar, tasar, fijar el precio de una cosa; derivado de *aes*: metal y , concretamente, moneda, dinero). Realmente, ¡qué poco espirituales se ven así los integrantes de un pueblo que, en su época, llegó a dominar medio mundo!

**Valor** significa, por una parte, ánimo, esfuerzo, resolución, firmeza, y, por otra "cualidad de las cosas, en cuya virtud se da por poseerlas cierta suma de dinero o algo equivalente". De la primera acepción se derivan los adjetivos *valeroso* y *valiente*; de la segunda, *valioso*; pero existe también el adjetivo *válido*, que tal vez corresponda más a su origen latino, que es el verbo *valere*: tener fuerza, vigor; ser útil, eficaz, conveniente, apto.

La palabra **caridad** ha tenido una evolución semántica bastante complicada, primero en sentido ascendente y luego descendente, de lo material a lo espiritual y después de vuelta a lo material. En efecto, el vocablo latino *caritas* o *chantas* (de donde el español *caridad*) significó originalmente "carestía", escasez, precio caro de las cosas; luego, Cicerón utilizó el término en el sentido de afecto, cariño, amor; más tarde, en la versión latina del Nuevo Testamento, la palabra griega *agápe* (afecto, amor y, especialmente, amor fraternal) se tradujo invariablemente por *caritas*, que fue también tomando —por influjo de los escritores cristianos— la significación de "amor divino", y así llegó al castellano *caridad* para expresar el amor de Dios y a Dios y el amor al prójimo, a los hermanos, hijos todos del Padre celestial. Al llegar a este punto, el vocablo empezó a descender, pues la *caridad* fraterna se fue concretando en la ayuda a los necesitados, hasta convertirse en lo puramente material del óbolo, el donativo hecho a los más pobres, que pedían "una *caridad* (no un poco de amor, sino simplemente una moneda) por el amor de Dios", con lo cual también el "amor a Dios se vino a expresar con la **limosna**. Esta palabra (*limosna*), por cierto, también se materializó, pues en su origen (el griego *eleemosyne*) quería decir lástima, compasión, piedad; es decir, el "enternecimiento que excita el ver los males de otros", la "solidaridad con los padecimientos de los demás", el "amor al prójimo por el amor a Dios, que inspira actos de abnegación"; pero luego, lo mismo que *caridad*, vino a significar, muy concreta y materialmente, "lo que se da a los pobres".

Íntimamente relacionadas con las anteriores, especialmente en su sentido más elevado, están las palabras **piedad y misericordia**. La primera significa, de acuerdo con su etimología (del latín *pietas*), el "sentimiento que impulsa al reconocimiento y cumplimiento de todos los deberes para con la divinidad, los padres, la patria, los parientes, los amigos, etc."; de la segunda, da Cicerón esta bellísima y precisa definición: "*Misericordia* est aegritudo ex miseria alterius injuria laborantis", o sea: "La *misericordia* es el malestar que se experimenta a la vista de los males que padece quien no los merece."

**Cesárea** es la "operación que se hace abriendo la matriz para extraer el feto". La palabra procede del verbo latino *caedere*, que significa "cortar, hender". De aquí proviene el nombre de César, adoptado por la gens Julia, familia ilustre de Roma, pues el fundador de ella, Sexto Julio, hubo de ser extraído del vientre de su madre, muerta cuando estaba próxima a darlo a luz; luego lo llevó el gran Cayo Julio César, el César por antonomasia, y se convirtió después en el título de los emperadores, por lo que *cesárea* significó también "imperial".

La palabra **izquierdo** tiene un origen muy remoto y es una de las pocas palabras que se conservan de alguna —no se sabe exactamente de cuál— de las lenguas que se hablaban en la Península Ibérica antes de la conquista romana. Parece probable que procediera de la zona pirenaica y de allí irradiara a las regiones aledañas, pues es común al gascón, vascuence, languedociano y catalán; después, del castellano pasó también al portugués. En las demás lenguas romances, se utilizaron formas derivadas del latín *sinister*: así el italiano *sinistro* y el francés antiguo *senestre*, sustituido luego por *gauche*, procedente del fránico. En español, **siniestro** pasó a significar "funesto", de mal agüero, porque *sinister* en latín quería decir, en sentido figurado, hostil, adverso, contrario, y también perjudicial, dañoso; más tarde, por *siniestro*, como sustantivo, se entiende también "avería grave, destrucción, pérdida".

Un **candado** es una "cerradura suelta contenida en una casa de metal, que por medio de argollas asegura puertas, ventanas, cofres, etc.". El término procede del latín tardío *catenatus*: encadenado; porque servía para cerrar o sujetar cadenas (del latín *catena*), como un eslabón más fuerte y seguro que dejaba encadenadas firmemente las cosas que querían asegurarse y podía abrirse cuando era necesario soltarlas.

**Amígdala** es una palabra que procede del griego *amygdále*: almendra, pero que en español significa "cada una de los dos glándulas situadas a la entrada de la faringe", y esto es porque

dichas glándulas tienen forma de almendra: sin embargo, existen también ciertos términos técnicos que conservan el sentido original del griego, como *amigdaláceo*, *amigdálico*, *amigdalato*, *amigdalina*, *amigdalífero*, etc. *Almendra*, en español procede del latín *amindula*, forma vulgar de *amyddala*, derivada, a su vez, del griego *amygdále*. Es curioso, pues, ver cómo, con un mismo origen, dos palabras pueden diferenciarse tanto semántica como morfológicamente al evolucionar a través de los siglos y por la influencia de otras lenguas.

**Bracero y brasero** se parecen mucho fonéticamente y para numerosos hispanohablantes son totalmente homófonos, es decir, que suenan exactamente igual; sin embargo, semántica y etimológicamente difieren por completo. *Bracero* es el que trabaja con la fuerza de sus *brasos*, el "peón que se dedica a cavar o hacer alguna obra de labranza". *Brasero*, en cambio, es el recipiente en el que se mantienen *brasas* encendidas, la "pieza honda de metal u otros materiales no inflamables, en la cual se echa lumbre para calentarse". *Bracero*, pues, viene de *brazo* y éste del latín *brachium*; *brasero* procede, como se ha visto, de *brasa*, y esta palabra se deriva del germánico *brasa*: fuego. Ni su origen, entonces, ni su significado tienen nada en común.

Por **vitriólico** se entiende, en sentido figurado y en un uso más bien literario, aquello —y sobre todo aquel— que es ácido, mordaz, destructivo, como los críticos atrabiliarios. Esto se debe a que, en sentido recto, *vitriólico* significa "relativo al *vitriolo* o que tiene sus propiedades", y el *vitriolo* es un sulfato del que procede el ácido sulfúrico. Así, una palabra, una crítica, un comentario, un dicho *vitriólicos* resultan, por sus efectos en el ánimo, como un baño de ácido sulfúrico.

La palabra **mano** es, en la lengua española —y también en el latín (*manas*) de donde procede— una de las que más acepciones y derivados tiene; en realidad, tal vez pueda decirse que es la más polisémica y la más prolífica de todas; si aquí se pusieran los significados —directos, figurados por extensión— que posee, podrían llenarse fácilmente diez páginas; en cuanto a sus derivaciones, pueden citarse, simplemente a título de ejemplo —sin agotar, ni mucho menos, la materia— las siguientes: *manada*, *manara*, *mango*, *manumisión*, *manear*, *maniota*, *manejo*, *manija*, *manecilla*, *manivela*, *manual*, *manotada*, *manufactura*, *manejo*, *manipular*, *mansalva*, *mantener*, *mampostería*, *mamporro*, *manso*, *maniatar*, *manirroto*, *maniobra*, *manicura*, *manifiesto*, *manubrio*, *manuscrito*, *amanuense*, etc., etc., etc. Esto es así porque la *mano* es el instrumento más útil, más idóneo, más propio, más inmediato —más a mano— con el que el hombre puede contar.

**Guarismo** es "cada uno de los signos o cifras (curiosamente, *cifra*, que procede del árabe *sifr*: vacío, se aplicó primeramente al cero y luego a los demás *guarismos*) que expresan una cantidad". El término proviene del castellano antiguo *alguarismo*: arte de contar; derivado de *Alhuarizmí*, sobrenombre del matemático árabe Abu Yáfar Ibn-Musa, cuyas traducciones introdujeron la aritmética superior en Europa. De la misma palabra, alterada por influjo del griego *arithmós* (número), derivó también *algoritmo*. *Logaritmo*, en cambio, es palabra completamente griega, compuesta de *lógos*: razón, y *arithmós*.

Otra de las palabras de las que en nuestros días se usa y abusa hasta la saciedad, aunque muchas veces se ignora su significado preciso, es el verbo **integrar**, con todos sus derivados. Aunque este término es de empleo más o menos moderno —parece que en su sentido de "dar integridad a una cosa; componer un todo con sus partes integrantes" se empezó a utilizar en el siglo xix—su origen es antiguo, pues procede del latín *integrare*: restablecer, rehacer, derivado de *integer*: que no ha sido tocado, que no ha sufrido cambio; que está entero (precisamente, *entero* proviene de *integer*, que dio también el cultismo *íntegro*). *Integrar* es, entonces, simplemente *enterar*: completar, restablecer el número o la cantidad originales, acabarlar.

**Sueldo** es la "renumeración asignada a un individuo por el desempeño de un cargo o servicio profesional"; **salario** es el "estipendio con que se retribuye un servicio o trabajo". Es decir, *sueldo* y *salario* son palabras que expresan dos situaciones diferentes en cuanto a la actitud del que lo da y el que lo recibe, y esta diferencia indica, en cierto modo, una desigualdad social que ya se marcaba desde la Antigüedad, cuando el *sueldo* era un pago en efectivo, en moneda corriente, y *salario*, en cambio, era un pago en especie. Ciertamente, la palabra *sueldo* se deriva del latín *solidus*, que era el nombre de una moneda de oro; *salario*, por su parte, procede

del latín *salarium*: ración de sal, que se daba a los soldados o a los peones como paga.

La palabra **subrepticio** expresa aquello que se hace ocultamente, a escondidas, por debajo, y tiene, desde su origen, un matiz como de algo rastrero. Efectivamente, *subrepticio* viene del latín *subrepticiue*: clandestino, secreto, oculto, furtivo; derivado del verbo *subrepere*: deslizarse por debajo; compuesto de *sub*: debajo, por debajo, y *repere*: arrastrarse, *reptar* (de donde viene, precisamente, *reptil*).

**Acarrear** es llevar de un lado a otro, transportar y, en sentido figurado, traer consigo, producir, ocasionar; propiamente, y de acuerdo con su origen, significa llevar o transportar en *carro* (no en automóvil, como podrían pensar los que gustan de usar anglicismos, sino en el "carruaje de dos ruedas con lanza o varas para enganchar el tiro y cuya armazón consiste en un bastidor con listones o cuerdas para sostener la carga, y varales o tablas en los costados y a veces en los frentes para sujetarla"). La palabra *acarrear* viene, pues, de *carro* que, a su vez, procede del latín *carrus*, término que Julio César tomó de los galos.

La palabra **misiva**, que se usa en lenguaje culto y literario en el sentido de "carta", es en realidad un adjetivo, aplicable, ciertamente, a la carta o billete que "se envía". En efecto, *misiva* proviene del latín *missus*: envío; derivado del verbo *mittere*: enviar, dirigir, hacer ir; así, *misiva* tiene el mismo significado que *epístola* (del griego *epistolé*: mensaje, carta; compuesto de *epí*: hacia, y *stéllo*: enviar, despachar).

**Similar** quiere decir "que tiene semejanza o analogía con algo" y se deriva de *símil*, que significa "semejanza entre dos cosas", cuando se usa como sustantivo, y "semejante, parecido a otro", cuando se toma como adjetivo. *Símil* procede del latín *similis*: parecido; ahora bien, de *similis* se deriva el latín vulgar *similiare* y de éste el castellano *semejar*, de donde viene *semejante* y, por tanto, *semejanza*. ¡Curioso rodeo de una palabra!

Por **agenda** entendemos la libreta en la que se anota, para no olvidarlo, lo que "se tiene que hacer". Esta palabra, que en español es un sustantivo femenino singular, está tomada directamente del latín *agenda*: las cosas que se deben hacer; plural neutro del adjetivo verbal de *agere*: llevar, conducir.

Un **compromiso** es una obligación que se ha contraído por la palabra dada, por la *promesa* que se ha hecho. *Compromiso*, en efecto, es un término que procede del latín *compromissum*: promesa recíproca; derivado del verbo *compromittere*: comprometerse mutuamente a algo; compuesto de *com*, por *cum*: con, en conjunto, uno con otro, y *promittere*: prometer, garantizar, asegurar, dar palabra.

Tener **perspicacia** es, en sentido propio, tener agudeza visual, penetración de la vista; pero esta palabra se usa generalmente sólo en el sentido figurado, que expresa la penetración de la inteligencia, es decir, la visión intelectual. El vocablo español proviene del latín *perspicacitas*: clarividencia; derivado de *perspicax*: que tiene vista penetrante; procedente del verbo *perspicere*: ver a través de, ver en, mirar; compuesto de *per*, como intensificativo, y *spicere*, por *speciere*: ver, contemplar.

## ***Si las palabras hablaran...***